

Para que la experiencia de retorno sea completa debió haber existido antes una partida, un viaje de ida que nos llevara remotamente a una vuelta. Pero, ¿qué pasa cuando la ida y la vuelta no las encarnan la misma persona y aun así sigue siendo el mismo viaje? Eso es lo que yo, como tantos otros gallegos, viví cuando volví a Galicia, para pisar esa tierra por primera vez. Yo no nací en Galicia. Pero mis abuelos sí. Mi tío también. Incluso mi hermana. Cada generación se encargó de ir y venir para dejar encomendado el retorno a la siguiente. Para romper tanto las barreras del tiempo -dejando a las generaciones futuras la continuidad de sus pasos- como incluso la elocuencia del lenguaje: volver, sin nunca haber estado.

Nací en Argentina, pero he vuelto a Lugo más veces que a Mar del Plata. Es más. Lugo siempre estuvo más cerca que la capital de la provincia de Buenos Aires, La Plata, a la que nunca tuve la oportunidad de visitar. Porque los kilómetros son un mero convencionalismo de medición en el que nos basamos para llegar a un entendimiento común. Pero la verdadera distancia la marca la identidad. Donde está el alma, está el cuerpo.

Y esa identidad, ese sentido de pertenencia, no sólo trasciende las distancias, se acentúan con ella. Al tomar distancia vemos con claridad y con perspectiva nuestra historia de vida. Es más, no solo vemos el árbol, ahora vemos el bosque. Comprendemos que nuestro camino es parte y continuación de una historia mayor, la de nuestros ancestros. Por eso, a pesar de los miles de kilómetros que distan entre Buenos Aires y Lugo, al llegar a Galicia me siento en casa. Disfruto de retornar, de alguna manera, junto a mis abuelos. Sus tardes de juventud a orillas del río Miño son los cuentos que me relataban en mi infancia. Su amor por esa tierra también es mío. Reconozco el aroma del pulpo a la gallega cocinado en olla de bronce, el sonido penetrante de la gaita, el verde impoluto de la naturaleza y -como decía mi mamá- las estaciones de Lugo: el invierno lluvioso y la del tren, en la cual, además, nació mi abuelo. Aún se mantiene en pie su casa que se resiste estoicamente al paso del tiempo. Con esfuerzo, todavía se puede leer sobre sus muros *Panadería Iglesias*. Recuerdo la primera vez que vi el cartel. Me sorprendió ver que mi apellido había sido escrito sobre una pared a miles de kilómetros de mi barrio, de mi entorno cotidiano. Me asombró aún más el hecho de pensar que fue escrito cuando aún no era mi apellido, y faltaba mucho para que lo fuera. La pintura negra desgastada le marcaba una fecha aproximada en el calendario. Eran muchos los años y mucho lo que tuvo que pasar para que se convirtiera en mi apellido. Fue en ese momento que aprendí el significado de las palabras *origen, historia, raíces*, aunque no era consciente de ello en ese entonces. Era muy pequeña y en ese momento quedé atrapada por la sola imagen de mi abuelo de niño, como yo, correteando entre el horno y la amasadora de pan o jugando con la harina. Recuerdo las vivas ganas de ver la panadería funcionar, de sentir el olor a pan caliente y el ardor en la cara al quitarlo del fogón mientras los jardines de fuera se teñían de blanco nieve. ¿Era un deseo mío o era un recuerdo heredado?

Mi abuelo volvió una y mil veces a su tierra. Y así lo hicimos nosotras también, pero siempre en ocasiones diferentes a él. Una vez volvió a Argentina con la idea de viajar por primera vez junto a sus nietas. No hubo tiempo para concretarlo. Mi abuela, en cambio, nunca pudo volver. Pero esto, lejos de dejar nuestra historia inconclusa, la ha reafirmado creando un final abierto. Porque entonces seríamos nosotras, sus nietas, las que volveríamos a una tierra no habitada por nuestros cuerpos, pero que aun así llevábamos bien arraigada en la sangre. La tierra donde no nació, la tierra heredada, es la tierra que elegí para vivir. De manera muy similar y tan distinta a la vez que la historia que ellos, como muchos otros gallegos, forjaron hace años atrás en Argentina. No por nada se dice que Buenos Aires es la quinta provincia de Galicia.

Hoy las nietas vivimos en España. Mi hermana, nacida en Lugo, criada en Buenos Aires, pero de una única nacionalidad -la española- tiene una paradoja que es propia de nuestra identidad. Como dice la canción, "*No soy de aquí, ni soy de allá*". Yo, nacida y criada en Buenos Aires, de doble nacionalidad - al volver a Argentina tengo esa particular sensación de no saber si voy o vengo. En cada partida vivo la dualidad de dejar la patria para volver a ella. Y entonces, convertirme así irremediabilmente en un tango: "*dicen que me fui de mi barrio, pero ¿cuándo? Si siempre estoy llegando*". Es decir, lograr no irme nunca al volver siempre. En otras palabras, el eterno retorno.